

Una llamada a la conversión

Padre José Medina

Martes 7 de julio de 2015

La fuerza del anuncio cristiano es la capacidad de renovar al hombre y hacerle volver a descubrir una plenitud de vida, independientemente de que las circunstancias sean favorables o adversas.

A raíz de la reciente decisión de la Corte Suprema estadounidense que regula el matrimonio entre personas del mismo sexo, en la que percibimos nuevos signos de una sociedad que repudia una auténtica mentalidad cristiana, debemos preguntarnos cuál es nuestra postura ante semejante revolución. ¿Cuál es nuestra respuesta ahora, ante la nueva situación legislativa, y en este clima que para nosotros es una provocación? Para responder a esta pregunta, creemos que vale la pena mirar cómo las comunidades cristianas han sido llamadas a vivir a lo largo de la historia y lo son en el momento actual.

Hoy, como en tiempo de los romanos, la fe se difunde como resultado del encuentro con personas que viven de una manera inesperada, pero fascinante, que no es el resultado de una acción política o militar. La fuerza del anuncio cristiano es la capacidad de renovar al hombre y hacerle volver a descubrir una plenitud de vida, independientemente de que las circunstancias sean favorables o adversas.

Los primeros conversos al cristianismo encontraron una humanidad nueva que les llevó a “probarlo todo” de sus tradiciones, y a “quedarse con lo bueno”. Como consecuencia de este cambio radical de mentalidad, influyeron en las sociedades y en las naciones, configurando sus valores y sus normas. Sin embargo, en ausencia de una vida cristiana en la que hombres y mujeres se conciben constantemente en relación con el Padre, estas normas y valores parecen opresivas. En particular, porque las personas no perciben ya que estos valores estén ligados a su cumplimiento personal. Esto es precisamente a lo que estamos asistiendo hoy. Muchos de nuestros hermanos cristianos de Oriente Medio nos recuerdan continuamente que el cristianismo florece a pesar de las situaciones sociales y políticas más difíciles. En una entrevista con el Arzobispo de Mosul Amel Shamon Nona, éste revela que su esperanza y serenidad nacen de “comprender que es posible vivir, incluso aquí [...]”. A pesar del riesgo de ser asesinado dentro de una hora o dentro de un minuto, es posible vivir cada instante llenos de esperanza y de alegría”. Cuando hay que hacer frente a un conflicto, la Iglesia reclama a las personas a una renovación de la fe, es decir, a volver a descubrir lo que significa vivir la vida centrados en Cristo. El arzobispo Nona prosigue: “Yo mismo empecé a vivir de esta manera, y... con el tiempo, me di cuenta de que también las demás personas cambiaban; los fieles necesitaban esta certeza. Eran ellos quienes me decían que sentían la necesidad de estar más unidos a nuestra fe. Eran ellos los que me decían que habían comenzado de nuevo a vivir en medio de muchas dificultades... Esto ha sido posible gracias a una comprensión más profunda de la fe. Y esto es lo que nos da una visión más clara de la vida, aunque vivamos en una época llena de dificultades. Esta “comprensión más profunda de la fe”, que nace de vivir la vida en relación con Dios en el presente, en este instante, conserva aún el poder excepcional de generar una plenitud de vida y una esperanza duradera.

Por tanto, no deberíamos mirar la situación actual en términos apocalípticos, sino verla más bien como una invitación a hacer un juicio crítico sobre nosotros mismos. Si las normas de nuestra sociedad, que en un tiempo hundieron sus raíces en la tradición cristiana, están cambiando, es porque proponemos un cristianismo reducido sólo a la elección de un estilo de vida entre tantos otros, en donde parece prioritario luchar por afirmar ciertos valores morales en lugar de encontrar y seguir a personas cuya vida está excepcionalmente llena de significado. La legalización del matrimonio entre personas del mismo sexo por parte de la Corte Suprema no debería entenderse como una llamada a la acción en defensa de los valores cristianos, sino como una llamada a la conversión, una llamada a descubrir de nuevo el método mediante el cual Cristo conquista el corazón del hombre y transmite la capacidad históricamente probada de construir civilizaciones.

La propuesta cristiana no ha perdido ni su fascinación ni su capacidad de comunicar una plenitud de vida. Lo veo en la experiencia de un preso de Carolina del Norte, que mientras cumple su condena conoce a un grupo de personas y desde entonces es capaz de vivir con alegría su larga pena de prisión, que de otro modo sería insoportable. Veo esta plenitud de vida en el rostro sereno de una madre que sostiene en sus brazos a su hijo moribundo. Ella decidió dar a luz al niño, en vez de interrumpir su embarazo, sabiendo que la condición genética que le habían diagnosticado al niño le permitiría vivir como mucho unas horas. Veo esa plenitud de vida en el modo en que un estudiante de bachillerato abraza y acompaña a su padre toxicómano, que le abandonó y maltrató durante años. La percibo también en las conmovedoras palabras de perdón de una madre de luto por su hijo, al escuchar la sentencia que condena a su asesino. Las leyes no pueden ni obligar ni proteger a las personas que viven la realidad de una manera paradójica: plenamente humana, y sin embargo inconcebiblemente divina.

La legalización del matrimonio entre personas del mismo sexo por parte de la Corte Suprema no debería provocar una defensa militante de los valores cristianos. No estamos llamados a afianzar los restos de una sociedad que en un tiempo estuvo enraizada en la experiencia cristiana, sino a vivirla de nuevo y, con el tiempo, reconstruirla. Decir a las personas qué valores deben abrazar no es bueno ni eficaz. En cambio, estamos llamados a vivir y compartir una plenitud de vida abiertamente con todos y cada uno, en cualquier circunstancia, sea o no favorable. Por este motivo, la llamada a la conversión no significa retirarse de un entorno hostil. De hecho, implica justamente lo contrario. Si bien algunos juzgan el testimonio público de nuestros hermanos y hermanas como ineficaz o ingenuo, ésta es precisamente la función de la Iglesia en la historia del hombre: testimoniar incesantemente que la plenitud de vida sólo se puede alcanzar en la total dependencia del Misterio. Después de todo, como cristianos, no estamos llamados a defender la Verdad como un conjunto de valores, sino a encarnarla.

El padre José Medina ha dedicado gran parte de su carrera profesional al mundo educativo, primero como profesor de Matemáticas y Ciencias, y después como Director en Washington y en Boston. De origen español, es miembro de la Fraternidad Sacerdotal de los Misioneros de San Carlos Borromeo. Licenciado en Ingeniería Civil por la Universidad Politécnica de Madrid, se doctoró en Teología Sagrada en la Pontificia Università Lateranense de Roma, y tiene un Máster en Educación en la Harvard Graduate School of Education. En la actualidad, el padre Medina es el responsable del movimiento eclesial católico *Comunión y Liberación* en Estados Unidos.